



KONVERGENCIAS Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año VI, N° 18, Agosto 2008

NÓMADAS EN LA CIUDAD

Carina Infanzozzi (Uruguay) ¹

Traigamos a este lugar *algo* que nos da que pensar.

“La clocharde se despertó de un sueño [...] como siempre debajo de cuatro o cinco vestidos y algunas gabardinas y sobretodos, sosteniendo un lío de género rojo de donde salían pedazos de mangas y una corneta roja [...] siguió untándose polvos rosa con un dedo negruzco; de cuando en cuando levantaba la mano y se daba un golpe seco en el pelo apelmazado, envuelto por una bincha de lana a rayas rojas y verde, que en realidad era una bufanda sacada de un tacho de basura.” (J. Cortázar, Rayuela)

Es conocido por todos los montevideanos, el problema de los “sin techo”, o las “situaciones de calle”. Entre otros muchos problemas, claro, de nuestra ciudad montevideana, de nuestra sociedad uruguaya, y más allá.

Intentaremos precisar. Miremos aquellos casos de personas, hombres o mujeres, solos o con niños, con mascotas, niños solos, que se “instalan” o transitan por diversos lugares, plazas o espacios abiertos, en pórticos de puertas o ventanas, bajo puentes, en las veredas. Para dormir, para comer, para vivir. Con más o menos “muebles”, más o menos “paredes o techos”, con más o menos objetos de toda índole. Instalados en lugares de tránsito, vagabundeando en el centro de la ciudad.

¹ Licenciada en Filosofía por la Universidad de la República (UDELAR), Uruguay. Tiene formación en Arquitectura y Bellas Artes, por la misma institución. Ha recibido asimismo premios por sus trabajos de literatura, en el género de cuentos. Asesora a profesionales y estudiantes en Historia y Teoría de la Arquitectura. Actualmente su investigación filosófica transcurre en torno a la cuestión de los límites disciplinares, específicamente los que se han institucionalizado, por ejemplo, entre las artes y las ciencias, la creación y el método científico. También, entre aquellos que separan lo “discursivo” de lo “real”, intentando pensar realidades socio-culturales desde una mirada filosófica enlazada con dichas realidades. Pensar los “límites” y sus genealogías. Integró el equipo filosófico *Síntesi*, que desde 2005 ha realizado cuatro Coloquios sobre “Pensamiento y Actualidad”, con el apoyo y el auspicio de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UDELAR, y otras instituciones nacionales e internacionales.

Extraños ante nuestra mirada, ellos, y su forma de habitar. Situaciones que nos indignan, nos molestan, nos violentan, y a veces, nos son indiferentes. A nosotros. La mirada es nuestra.

Destaquemos en esta oportunidad dos expresiones paradójicas: “instalados en lugares de tránsito” y “vagabundeando en el centro”.

Y digamos que de lo que se trata aquí es de intentar pensar, *filosóficamente*, estas cuestiones. Esto quiere decir, que mucho se dice, piensa y hace acerca de estas situaciones, desde distintos ámbitos, gubernamentales, políticos, académicos. ¿Y desde la filosofía? Estas situaciones piden soluciones, respuestas. Es decir, nos interrogan. En lo emocional, en lo moral, y en lo intelectual.

Lo filosófico como aquella que interroga, que señala desde el preguntar.

¿Cuáles son las preguntas? ¿Desde quiénes? ¿A quiénes?

Estas personas a las que hemos dirigido nuestra mirada van y vienen por la ciudad, sin establecerse en un lugar definitivo, o el lugar de establecimiento es más bien un lugar no-propio, público, y la “casa” más bien precaria, o transitoria, virtual. Si intentamos *definir* a estas personas, desde su modo de habitar, podemos decir que son como *nómadas*.

Este término nos ayudará a pensar.

Entonces preguntemos: ¿qué hace lo nómada en un mundo sedentario?

La sedentarización de la vida social del hombre coincide con el inicio de lo que llamamos cultura, asociado, también, al inicio de la civilización. De hecho la “cultura”, esta palabra, viene de “cultivar”, que surge cuando el ser humano comienza a desarrollar técnicas para producir sus alimentos, o sea, la *agricultura*, y para ello, también, necesitó producir *saber*, registrar el tiempo (los ciclos de las cosechas), medirlo, es decir, aparece la escritura y las matemáticas. El saber del cultivo, la cultura. Cultivo que debe cuidar, y por ello debe asentarse, es decir, establecerse en un lugar y permanecer allí, protegiendo su producción, de los salvajes, *otros* seres humanos o animales. Surgen las ciudades como fortificaciones. Lo civil, en oposición a lo salvaje. Civilización o barbarie.

Comienza la historia. La nuestra. La construcción de un modo de habitar, y de pensar.

Poco a poco el dominio de un territorio se fue configurando desde un centro, en la fijación de una ley y de una territorialidad demarcada, que traza el contorno del límite, y que define así, la economía del *adentro* y del *afuera*. Y el pensamiento, también acompañó a estas configuraciones. Nuestra cultura se vuelve logocéntrica, en términos de Jaques Derrida. En la *polis*² griega, los padres de nuestro pensamiento

² La polis era para los griegos la forma más perfecta de sociedad civil, es decir, comprendía un modelo socio-político, y no simplemente una forma de ciudad. Un espacio estructurador de ellas era la acrópolis, sitios fortificados destinados para el refugio de los ciudadanos ante alguna amenaza. Luego, también, se usaron como santuarios.

metafísico, trazaron el lugar del bien y de la verdad, en cuyo centro habitaba el *logos*, el modo de la ley y el orden del mundo occidental. Lo que no es parte de este orden, es decir, de esta ciudad, “es una bestia o un dios” dice Aristóteles³. El destino de los herederos fue el cuidado y la actualización de este orden⁴. Habitar y pensar se han ido constituyendo solidariamente. El pensar occidental es sedentario, pues insiste en *fixar* significados definitivamente, asentarlos. Pero ello es posible sólo al costo de una expulsión. El destierro de lo que amenaza al orden instituido. Incluso, y en primera instancia, a la ficción que soporta este nuevo orden, y a la huella de lo que es fracturado. La escritura será la condición de este sistema logocéntrico para Derrida, como la marca silenciosa y siempre al acecho. Y por ello los lenguajes del saber, y sus soportes, serán fundamentalmente reglados, situados y controlados. Y también, expulsados. Lo escrito, dice el filósofo, debe “haber nacido de un corte y de una *expatriación* primarios, que lo condenaron a ser errabundo, al encegucimiento y al duelo. Presuntamente lenguaje que se dice a sí mismo [el habla], pero en realidad habla que se engaña, al creerse viva, y que se violenta, al no ser “capaz de defenderse” [...] sino expulsando al otro y en primer término a su otro, arrojándolo *afuera y abajo* con el nombre de escritura”⁵. Este *logofonocentrismo*, como lo llama Derrida, es también el modo en que “nuestra filosofía” ha dejado fuera del territorio de la verdad, a los mitos, a las artes, a lo poético, asociados a lo primitivo e inestable de las pasiones, a la fragilidad de los sentimientos, a la deriva del sentido en las formas de la metáfora o de las imágenes. Formas, también, de lo nómada.

La economía sedentaria no puede sostenerse si no es al costo de la expulsión de lo nómada, de modos diversos, más o menos visibles.

Hemos dicho: del lado del adentro, se acoge lo estable, lo fijo, el orden lógico, lo civilizado, lo sedentario. Al mismo tiempo se destierra a lo inestable, lo móvil, lo poético, lo sensible, lo primitivo, lo nómada, dándole el lugar del afuera. Y, a su vez, los primeros gozan las virtudes de la verdad, de lo bueno, lo amigable, lo bello, mientras que los desterrados están condenados a portar el estigma del error, del mal, de lo hostil, de lo espantoso.

Esta es la forma de la *intolerancia de lo otro*.

Y su expresión metafísica más clara se da en la idea de la filosofía como un sistema total, donde todo tenga su lugar y su ley en el orden de la Verdad. La dialéctica de lo uno y lo otro.

El adentro y el afuera, exigidos desde un orden centralizado y jerarquizado, se vuelven inciertos. El afuera, al pretender ser también controlado, se configura como el muro, o como lo “fuera de la vista”, lo periférico. Allí se acumularán todas las infamias del orden, los deshechos de la ciudad.

³ Aristóteles, *Política*, Ed. Porrúa, México, 1996. Pág. 159.

⁴ Como el destino del ser del ente, y las distintas configuraciones en las épocas de la metafísica occidental en Heidegger. También puede interpretarse en la forma del “arconte”, como lo trabaja Derrida en *Mal de archivo*.

⁵ Derrida, J., *De la gramatología*, Siglo XXI, 1998, México. Web: www.jaquesderrida.com.ar/textos/textos.htm

No hay más muros. No de los de piedra. La ciudad moderna, la de la época de la industrialización, rompe sus barreras, explota. Aunque, un poco más allá, también se configuran sus límites, donde se concentran otras barbari(dad)es, vidas explotadas. Periferia, marginación. Otra forma de las pretensiones del sistema: lo infinito en el embudo de lo finito. Comienza el camino hacia la aldea global. La ficción del mundo sin-fronteras.

Otra forma de la *intolerancia de lo otro*. Borrándolo, pretendiendo que no existe.

Y aquí, nosotros, los que estudiamos y rendimos pruebas periódicamente, los que trabajamos marcando tarjeta a la misma hora todos los días, los que pagamos cuentas mes a mes, los que tenemos el reloj colgado en paredes de ladrillo u hormigón. Nosotros los que miramos a aquellos que vagan o divagan, *los que no*. Les sacamos fotos, los registramos en una cámara de video, los transmitimos y los vemos luego más de cerca, con mayor definición, cómodamente sentados, bien asentados, por la televisión. También nosotros, los que escribimos de ellos.

Ellos, los que no hablan ni miran. Solo siguen vagando o divagando, como espectros urbanos, escribiendo murmullos.

De nuevo, ¿qué hace lo nómada en un mundo sedentario?

¿Cómo mirar o qué decir? De lo imprevisible, lo andrajoso, lo oloroso, lo amenazante, lo perplejo. Desde nuestro mundo tan reglado, tan avanzado, tan higiénico, tan electrónico, tan profiláctico, tan civilizado. La pregunta se repliega, y se dirige a nosotros. Pensar ese nos-otros, cómo habitamos, cómo pensamos, y más importante aún, qué queda del otro lado, y quiénes portan y soportan los abusos de tanto *tan*.

Miremos-nos, interroguemos-nos, a través de esos fantasmáticos otros.

Pues la tierra de la verdad, nuestras ciudades, nuestras casas, nuestras instituciones, nuestros modos de pensar y sentir, se han construido y sedimentado sobre aquella ficción originaria. Lo que se ha creído desterrado, puesto en el orden del afuera, está adentro. Lo periférico y marginal habitan el centro. Lo nómada no está afuera, y el afuera, tampoco. Ni siquiera de nuestros propios rostros y de nuestros propios cuerpos.

“Precisamente la muchacha que vive sola y que vaga por la inmensa llanura de los media llamada Tokio, es la que más disfruta de esta ciudad, pero, ¿qué es una casa para ella? El concepto de casa para ella está desperdigado por toda la ciudad y su vida pasa mientras utiliza fragmentos de espacio urbano en forma de collage. Su vivienda es una tienda - cabaña, o sea el pao, que se puede trasladar de un punto a otro, y en cuyo centro está colocada la cama y otros tres muebles a su alrededor: 1/ El mueble inteligente [...] 2/ Mueble para el coqueteo [...] 3/ Mueble para la comida ligera”. (Toyo Ito, Una arquitectura que pide un cuerpo androide)

Al otro lado del mundo un arquitecto japonés, Toyo Ito, ha propuesto una “casa” para una “muchacha nómada de Tokio”. Esta casa es, pues, más bien una carpa, o una casa-mueble, casa-mochila. En el mundo de los media o “el bosque de los media”, como propone el arquitecto pensar esta fantástica -y real- ciudad, habitan nuevos seres,

“cuerpos androides”, que sienten a los estímulos electrónicos más reales que una brisa al atardecer. Nosotros, dice Toyo Ito, “que ya tenemos una sensibilidad corporal como la de un androide, no volveremos jamás al mundo de lo real”.

Nómadas aquí y allá, en el siglo XXI. *Diferentes*.

Resulta chocante e incómodo, si no de mal gusto, poner en un mismo lugar, en este texto, a un mismo tiempo, en una misma secuencia, a la *clocharde* parisina de Cortázar, que me recuerda a la *señora* que se ha instalado en medio del Parque Rodó con su montaña de no se sabe qué y a la *muchacha* androide de Tokio. Pero de esto se trata aquí. De lo chocante, paradójico, desencajado y cada vez más violento mundo.

Da que pensar.